

Bibliotheca-Films

N.
201

PRESENTEME USTED!

25
CTS.



Douglas
MacLean

ANNE
CORNWALL

BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACIA"

Distribución, Administración y Talleres:

VALENCIA, 984

Centros de Repertorio de Películas:

BARCELONA, 9

AÑO IV

REPUBLICA

Teléfono núm. 938 G.

BARCELONA

Núm. 201

REPUBLICA

APARECE TODOS LOS MARTES

E DEVINADO POR LA CRUZ DELA FERIA E

¡Presénteme usted!

Narración literaria de la película del mismo título, interpretada por el actor

Douglas Mac-Lean

Exclusivas DIANA

Calle de Rosellón, 210 : Barcelona

REPARTO

Immy Hughes **Douglas Mac-Lean**
Betty Perry **Anne Cornwall**

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA



Registrada. Queda hecho
el depósito que marca la ley.

PRIMERA PARTE

Estamos en París, en esa ciudad fundada por los franceses y que todos los días "descubren" los americanos. Por las hermosas avenidas de la gran capital, un camión, provisto de todas las comodidades posibles, conduce en su interior a un grupo de turistas. Dicho vehículo ha sido inventado por los naturales del país, para cobrar diez francos a los que quieren contemplar edificios, que pueden verse de balde con más tranquilidad.

Un empleado, a medida que van desfilando por los monumentos célebres, va llamando la atención de los ocupantes del coche de la siguiente forma:

— ¡Vista a la izquierda: La Opera!

Todos los turistas se vuelven rápidamente hacia esa dirección, para poder contemplar el soberbio edificio. Algunos provistos de gemelos, enfocan con ellos el templo de Apolo, mientras que el original cicerone continúa gritando:

—¡Vista a la derecha: La Torre Eiffel!

Los ocupantes repiten el juego anterior, hasta que nuevamente se vuelven al oír:

—¡Otra vez a la izquierda: Nuestra Señora de París!

Y así sucesivamente van admirando todos los edificios públicos que encierra la Ciudad Luz.

En la primera fila de bancos iban dos muchachos jóvenes, siguiendo las indicaciones del empleado del coche. Eran dos americanos, Baker y Jimmy Huguer, dos buenos amigos, que habían llegado de su país natal para admirar de cerca las maravillas que encierra la vieja Europa.

El primero de los dos demostraba, por la agilidad de sus movimientos, que era un hombre decidido, mientras que su compañero ofrecía el aspecto de esos jóvenes tímidos que no han salido nunca del regazo materno y que necesitan siempre de una mano que los guíe para andar por el mundo.

De pronto, el empleado del autobús llamó la atención de los turistas indicándoles:

—¡Vista al frente: La Estación de Lyon! Punto de partida para el país de la Diosa Fortuna: Montecarlo.

—Este punto de partida nos interesa para el propósito que tenemos de convertirnos en "punto"—exclamó Jimmy, al oído de su amigo, que le contestó:

—Me parece que hemos llegado al final de nuestra excursión por París. Vamos a tomar los billetes para Montecarlo.

Y sin esperar la conformidad de su compañero, ordenó al empleado:

—¡Eh, para!... Que hemos tenido una corazonada...

Segundos después, los dos turistas, siguiendo aquella corazonada, se encontraban dentro de la estación del ferrocarril P. L. M. que, acaso por dirigirse al mayor garito del mundo, algunos la traducen en "Pelote", pero que quiere decir París, Lyon, Mediterráneo.

No habían hecho más que entrar, cuando Jimmy quedó agradablemente sorprendido por la presencia de una jovencita de extraordinaria belleza, que a su vez correspondió a la mirada del muchacho con otra demasiado significativa.

Iba acompañada de un señor de cierta edad y Jimmy supuso en seguida que se trataría seguramente de su padre.

En efecto, no se había equivocado en su suposición. Dicho señor era John Perry, quien, con su hija Betty, había abandonado Yanquilandia para sentirse también "deseubridor".

Mientras que Jimmy seguía extasiado contemplando la bella aparición, su amigo ha-

hía sacado los billetes y volvió al lado de su compañero, a quien preguntó:

—¿Qué te pasa que parece atontado?

—Que acabo de experimentar esa dulce y repentina punzada que se llama el flechazo...

Baker se le quedó mirando como compadeciéndole, y al fin le dijo:

—Déjate de tonterías y firma tu billete.

Así lo hizo Jimmy y cuando hubo terminado, le indicó a su amigo la joven que había llamado su atención, diciéndole:

—Mira aquélla es la muchacha. Daría cualquier cosa por hablar con ella.

—No te preocupes, que eso es cosa mía; yo te la presentaré—respondió el otro, apreciando también la belleza de la joven desconocida.

Con la decisión tan característica en él, se acercó adonde estaba ella y le dijo a su padre:

—¿Sería usted tan amable de proporcionarme una cerilla?

El señor Perry sacó una caja de fósforos y se la entregó a Baker, quien, después de agradecer la atención, continuó diciéndole:

—No hice más que ver a ustedes y en seguida me dije: "Americanos y turistas". ¿No es cierto?

—En efecto—respondió John Perry, mientras su hija seguía flirteando con la mirada con Jimmy.

—¿Se marchan ya de París?—inquirió nuevamente Baker.

—Sí, vamos a los Alpes, donde se celebra un concurso internacional de excursionismo.

—¿Qué coincidencia! Allí mismo voy yo. Si no les sirve de molestia, hasta puedo servirles de guía. Conozco mucho los Alpes.

Jimmy, entre tanto, esperaba impaciente el momento de ser presentado a aquella joven, que, con una sola mirada, se había apoderado de su corazón, pero su amigo seguía hablando tranquilamente, sin acordarse del pobre muchacho, antes bien, lo único que pensaba en aquel instante era en el medio de desembarazarse de él para poder tener campo libre y dedicarse a la conquista de Betty.

Esta tan poco prestaba mucho caso a las palabras de Baker, por más que éste hacía grandes esfuerzos para sostener con ella una conversación que la distrajera de las señas que no paraba de hacerle Jimmy, pero todo era inútil. Betty no le contestaba más que con monosílabos, mientras que sus ojos no se apartaban del simpático joven que tanto interés demostraba por ella.

Baker no había estado nunca en los Alpes, pero había oído hablar mucho de sus famosos picos, y no queriendo separarse tan pronto de Betty, exclamó:

—¡Oh los Alpes!... ¡No hay nada más pro-

cioso! ¡Aquellos picos! ¡Aquellos caramielos!

Pero de pronto se acordó que había sacado pasaje para Montecarlo y se excusó con el señor Perry diciendo:

—Un momento... Voy a buscar mi equipaje. Se acercó otra vez a la ventanilla, donde se expendían los billetes y le dijo al taquígrafo:

—Quiero cambiar estas dos billetes por uno para los Alpes.

Sin ningún inconveniente logró lo que deseaba, al tiempo que se le acercaba Jimmy diciéndole:

—¿Por qué no me has presentado?

—Porque hubiera sido inútil. "Vais" por distintos caminos...

—Es que yo abdico de Montecarlo, por ir detrás de ella—repuso Jimmy.

—Pues tendrás que averiguar dónde va, como lo he averiguado yo.

Jimmy no comprendía lo que quería decirle su amigo, pero al final adivinó lo que se proponía y le preguntó extrañado:

—Es decir, ¿qué... ¿no vas a presentarme?

—Justo, y no te sorprenda nada de lo que haga, porque desde este momento me declaro tu rival—respondió cínicamente Baker, volviéndole la espalda, en el mismo momento que se acercaba a ellos el señor Perry pro-

guntando por el lugar donde se hallaba la estafeta.

—Lo siento mucho, pero no pueda decirselo—contestó Baker.

Jimmy, sin detenerse un instante, salió en busca de lo que preguntaba el padre de la jovencita que lo había "flechado" y llegó cuando el empleado acababa de recibir una caja de puros con una carta de un primo suyo de América en la que le decía:

"Querido Enrique: Te mando estos cigarrillos marca "Cañón", que no dudo habrán de gustarte. Aquí en América están haciendo mucho ruido. Tuyo,

Miguel."

—Deme usted unos cigarrillos—pidió Jimmy, pues aun cuando él no fumaba, quiso valerse del mismo truco que su amigo para acercarse a Betty.

—Aquí no se vende tabaco—repuso el encargado del establecimiento, pero Jimmy no se anduvo por las ramas, sino que echó sobre el mostrador un puñado de francos y cogió unos cuantos puros de los llamados "Cañón".

Volvió nuevamente a la estación y mientras Baker había ido a acompañar a Betty en busca de un mozo que les condujera el equipaje hasta el tren, se acercó al señor Perry y le dijo:

—Perdón... ¿me quiere usted hacer el favor de un fósforo?

Le entregó el padre de Betty lo que le pedía y cuando hubo encendido le ofreció galantemente uno de los cigarros que acababa de comprar, mientras que él tiraba el suyo disimuladamente.

El nombre "Cañón" con que habían denominado a los dichosos cigarros no podía encastrarles mejor. A las pocas chupadas resonó un estampido y el puro que fumaba el señor Perry quedó deshecho, mientras que éste aparecía con la cara tiznada. Sin duda, el pariente americano había querido darle una broma a su primo y John Perry empezaba a sufrir las consecuencias.

—¡Caramba, hombre!—exclamó cuando se le pasó la impresión del chispazo—. Con esa carita de queso de bola nadie diría que es usted un guasón.

Jimmy hubiera deseado que la tierra se lo hubiera tragado en aquel momento. La plancha que acababa de tirarse había sido marroceada. Intentó dar varias excusas, pero no acertaba ni a hablar.

Aparecieron entonces Betty y Baker, y la primera, al ver a su padre con toda la cara tiznada, le preguntó:

—¿Qué es eso, papá?... ¿Has besado al fogonero?

Su padre, al ver que además del susto es-

taba corriendo un ridículo mayúsculo, se enfureció aun más y le preguntó a Baker:

—¿Quién es ese tipo?

Jimmy pensó que con la intervención de su amigo su situación quedaría definida, pero su sorpresa no tuvo límite cuando le oyó decir:

—No tengo idea de haberlo visto nunca.

Sabe Dios a dónde hubiera llegado la furia del señor Perry si un empleado de la estación no hubiera llamado su atención gritando:

—¡Señores, faltan cinco minutos para el tren de Suiza!

Recogieron los pequeños bultos que no habían querido confiar a ningún mozo y Betty, tal vez intencionadamente, se quedó la última.

Jimmy aprovechó esta circunstancia para acercarse a ella y preguntarle:

—¿A qué venturoso país se dirige usted?

—Voy a los Alpes.

—¡Betty, haz el favor de no hablar más con ese imbécil!—gritó su padre volviéndose rápidamente.

Corrió Jimmy a la taquilla para adquirir un billete para aquel tren, pero el taquillero le respondió:

—Lo siento mucho, señor, pero el tren de Suiza está ya completo.

—No importa, iré de pie—replicó Jimmy,

decidido a todo antes que perder de vista a la muchacha.

—Le he dicho que no pueda ser, caballero—volvió a decirle el empleado de la estación, cerrándole la ventanilla en las propias narices.

La casualidad en forma de viajero vino en auxilio de Jimmy en aquella ocasión. Un minuto antes de salir el tren entró en la estación un tal señor Roberts, otro individuo que iba a los Alpes, sin ser americano ni tampoco tímido.

Al apearse de su automóvil le entregó al "chauffeur" el billete diciéndole:

—Tome mi billete y vaya a buscar un mozo.

Así lo hizo éste, y al entregar al mozo el equipaje le dijo, señalando el lugar donde estaba su amo, que precisamente se hallaba cerca de Jimmy.

—Conduzca este equipaje, que es de aquel señor del traje oscuro y el sombrero claro.

Por rara coincidencia Jimmy vestía igual que Robert y el mozo tomándolo por el dueño del equipaje, se acercó a él y le dijo:

—Sígueme—y entró con él al andén.

Robert, al ver que se llevaban sus maletas, pretendió seguirlo, pero con sus gritos no consiguió otra cosa que ser detenido por alterar el orden público.

SEGUNDA PARTE

El Hotel Edelweis estaba enclavado en el corazón de los Alpes. Aquellos días se hallaba abarrotado de huéspedes y todos ellos sabían que de un momento a otro tenía que llegar el célebre excursionista J. K. Roberts.

En el hotel no se hablaba de otra cosa y cada vez que llegaba un viajero, los que ya estaban en él le decían, como dándole una gran noticia:

—Esperamos al gran Roberts, el más intrépido alpinista que vieron los siglos. Aquí el único que lo conoce es Bruno, el jefe de los guías y dice que es admirable el valor y la temeridad de ese hombre.

Mientras tanto, por la carretera que conducía al hotel avanzaba una carrilana conduciendo a los viajeros que habían llegado aquel día de París.

Entre ellos se encontraban John Perry, su hija, Barker y Jimmy. Durante todo el trayecto, debido a la excesiva vigilancia de Perry, Jimmy no había podido hablar con Betty y hasta incluso le había prohibido su padre que le mirara, claro está que de esto no hacía el menor caso la muchacha.

Jimmy, sentado detrás del padre de su amada, seguía con la vista todos los movimientos que éste hacía, esperando una ocasión propicia para poder hablar con su adorada, mientras que Baker silbaba irónicamente, como riéndose del papel que le estaba reservado a su antiguo amigo. De pronto una abeja se posó en el sombrero del señor Perry y Jimmy, con el fin de volver nuevamente a su gracia, intentó quitársela, pero con tan mala fortuna que le tiró el sombrero a los pies. El padre de Betty se volvió como un león enjaulado y el muchacho se excusó diciéndole:

—Perdone usted... Acabo de librarlo de un terrible coleóptero que se había posado en su sombrero.

Al ir a recogerlo el señor Perry se le cayeron varios cigarros y Jimmy, siempre obsesivo, impidió que los recogiera diciéndole:

—No se moleste..., yo se los recogeré.

Y uniendo la acción a la palabra, cogió todos los cigarros y se los entregó a su dueño.

Estaba visto que nada le tenía que salir bien al infortunado amante, y al mismo tiempo que se bajaba para recoger los puros se le cayeron los que había comprado en París y, mezclados todos, se los devolvió al señor Perry, que encendió uno. Cuando vio que le sucedía lo mismo que en la estación, su cólera fue imponente y mal lo hubiera pasado



Sin saber cómo se encontró con ella en los brazos.

el pobre Jimmy si los viajeros no hubiesen protestado diciéndole al padre de Betty:

—¿Quiere usted estarse quieto y sentarse de una vez, que no vemos el paisaje?

—Papá, no fumes más esos explosivos— exclamó Betty, sin saber que precisamente eso era lo que le tenía de aquel modo contra su simpático acompañante.

Por fin llegaron a la puerta del hotel y Jimmy ofreció su mano para que Betty bajase de la carrilana, pero ésta era tan alta que sin saber cómo, se encontró con ella en los brazos. Una furibunda mirada del padre hizo que la dejara inmediatamente, mientras que la joven agradecía su atención, diciéndole:

—Gracias, es usted muy amable.

El dueño del hotel al ver entrar a Jimmy, le dijo al encargado:

—¿Otro turista? Dígame que no hay habitación para él.

—¿Pero no se ha fijado? ¡Si es el gran Roberts!

El nombre produjo un efecto mágico y el mismo dueño se acercó a Jimmy, diciéndole:

—Señor Roberts, para usted tengo reservada la mejor habitación del hotel.

Jimmy iba a protestar, explicando el porqué se hallaba en posesión de las maletas del señor Roberts, pero no tuvo tiempo para ello, puesto que vio en la escalera a Betty y la idea de que tendría que abandonar el hotel



Vio en la escalera a Betty.

le aterrorizó y optó por hacerse pasar por aquel desconocido.

La tarde de aquel mismo día, Jimmy pudo hablar un rato a solas con Betty en la terraza del hotel y le dijo:

—Señorita, le ruego me perdone el que me presenta yo solo... Será una frescura, pero no olvide que nos encontramos en los Alpes y

nada más natural que sentirse fresco... Tampoco no es nada extraordinario, existiendo la confianza que tengo con su papá de usted...

—Las presentaciones en un país desconocido no son necesarias—respondió la joven ofreciéndole la mano.

Transportados momentáneamente a un delicioso paraíso, los dos jóvenes se sentaron en una mesa dispuestos a tomar en agradable compañía el té; pero Baker, que los había visto, los estropeó la tarde. Llamó al señor Perry y llevándolo a un lugar desde donde podía ver a la enamorada pareja, le dijo:

—¿Ha visto usted el bello paisaje que se admira desde esta balaustrada?

Se plantó en seguida el resultado apocático; el señor Perry vio inmediatamente a su hija y se acercó a donde estaba, en el preciso momento que Jimmy le decía riendo a su bella amiguita:

—Se fijó usted en la cara de bull-dog que ponía su papá cuando el cigarro hacía explosión!

Al ver que Betty miraba hacia otro lado, se volvió él también y se encontró con la aterradora mirada de su padre, que exclamó:

—¡Ya te he dicho que no quiero que hables con este terrorista!

No tardó mucho Betty en encontrar una

oportunidad para volver al lado de su amado y le suplicó:

—Perdone usted a mi papá, que tiene un genio muy raro.

Se hallaba ella subida en la balaustrada y él, para alcanzar hasta donde estaba Betty, cogió una silla y colocándola encima de una mesa se subió sobre ella y le dijo:

—¿Usted cree en el flechazo?

—No se me había ocurrido hasta ahora pensar en ese problema—respondió la joven.

—Pues yo la amo a usted fulminantemente—exclamó Jimmy, pensando que tal vez no se repetiría aquella ocasión de poder decirsele—. Cómo se llama usted?

—Betty—respondió ésta.

Mientras tanto, el dueño del hotel quiso dar a sus huéspedes la sensacional noticia de que el señor Roberts estaba entre ellos y les dijo:

—Señores, tengo el gusto de participarles que el gran alpinista Roberts se halla entre nosotros.

—Me gustaría conocerlo—solicitó el señor Perry—. Cuando tenga ocasión presentémoslo usted.

—Pues allí lo tiene—le dijo el dueño, señalando para Jimmy.

John Perry se quedó como quien ve visiones y preguntó extrañado:

—¿Pero aquél es Roberts?

—El mismo. Ya ve como no puedo tener ni un instante los pies en el suelo.

—¡Pero si es un gran amigo mío! ¡Me da unas bromas graciosísimas!

Todo su malhumor anterior había pasado como por encanto, al enterarse de que aquel individuo era el famoso alpinista, y pensando en conseguir su amistad se acercó a él, le echó un brazo por la espalda y le dijo:

—¡Hola, amiguito! ¡Par qué no nos dijo usted quien era?

Jimmy comprendió la equivocación de su futuro suegro y le contestó modestamente:

—Porque no me gusta darme tono.

—Voy a presentarle a mi hija... Betty, te presento al señor Roberts, un alpinista de fama mundial.

Los demás huéspedes, enterados por el dueño de que el gran Roberts había llegado, salieron a vitorearlo; pero Baker, al ver que era su antiguo amigo, quiso desenmascararlo para ponerlo en ridículo y exclamó:

—¿Me permiten una pequeña aclaración?

Todos callaron y el falso amigo continuó diciendo:

—Sufren ustedes una lamentable equivocación. Este hombre es un embustero y puedo probar que jamás ha subido a una montaña, como no sea a la montaña rusa. El verdadero Roberts es aquel señor—y señaló para un caballero que acababa de llegar y que era



No tardó mucho Betty en encontrar una ocasión para volver al lado de su anfitrión.

precisamente el dueño del equipaje que se había traído Jimmy.

—Aquí me linchan—pensó el pobre muchacho, pero con gran sorpresa suya, oyó decir al recién llegado caballero:

—Caballeros, no hay que confundir... El verdadero Roberts es ese señor, yo no soy más que su entrenador.

Nuevos vivas acogieron estas palabras y Baker tuvo que alojarse entre las risotadas de todos los huéspedes.

Cuando Jimmy consiguió quedarse solo, se acercó a él el verdadero Roberts y le dijo:

—Yo he podido conseguir el que no se le caiga a usted la cara de vergüenza, pero no sé cómo va usted a evitar el caerse todo entero... Porque mire usted aquella montaña; es el pico más alto y el más peligroso de los Alpes, pues allí tiene usted que subir mañana.

—¿Yo?... ¡Si me marco en el balcón de un segundo piso! ¿Cómo quiere usted que suba?

—No hay más remedio. Usted ha usurpado mi nombre y tiene que colocarlo bien alto... o hacerse papilla.

—Está bien, yo le prometo que subiré o me recogerán con una escoba—exclamó Jimmy, decidido a todo, antes que a perder el aprecio de Betty, que si se enteraba de aquella suponería le retiraría incluso su amistad.

TERCERA PARTE

En la cena de aquella noche en honor de los alpinistas, se hizo la presentación de los que al día siguiente debían tomar parte en el campeonato internacional y cada entrenador fué presentando a su campeón, entre los aplausos de los concurrentes.

Pero la admiración de todos la constituía Jimmy, y Betty, cuando terminó la cena y se encontró a solas con él le preguntó:

—¿Usted no piensa en el peligro cuando está escalandando las rocas?

—¡Oh, nunca! Yo siento un poquitín de miedo el día anterior. ¡Ya ve usted qué tontería!

Cuando Jimmy subió a su cuarto, una vez sólo pensó en la seguridad de que si intentaba subir al día siguiente a la dichosa montaña lo tendrían que recoger a pedazos y creyó lo más prudente tomar las de "Villadiego", mientras los demás se divertían abajo. Precisamente en la pared había colgado un cinturón con una cuerda y a su lado un cartel con las instrucciones necesarias que decían:

"Sujétese el cinturón, bien seguro, debajo de los brazos. Suéltese el anillo del cinturón.

Introdúzcase la cuerda dentro del anillo y déjese deslizar suavemente."

—¡Chicosal!—exclamó Jimmy—. Mientras los otros se están divirtiendo, yo salto por el balcón y me escapo.

Pero no había contado con que Roberts había activado sus intenciones y no lo perdía de vista. Cuando lo vió bajar llamó a todos los huéspedes y les dijo:

—¡Vengan, verán al campeón cómo se entrena!

Ya se creía Jimmy a salvo, cuando una estruendosa ovación premió su desesayo.

Nada; resultaba imposible escaparse, y por si era poco, el verdadero campeón explicó aquel acto, diciendo:

—El es así; aprovecha cualquier ocasión para entrenarse y le voy a llevar a donde, porque si no es capaz de subir a la montaña esta misma noche.

Una vez los dos en el cuarto de Jimmy, el campeón lo volvió a decir:

—¿Sabe usted cuál es el único camino que hay para salir de este corredor?

Jimmy movió la cabeza en sentido negativo y Roberts continuó diciéndole:

—Decir a la gente que es usted un embustero y un ladrón. Que robó usted mi billete, mi equipaje y mi nombre. Y sobre todo no olvide que a quien primero tiene usted que

decírselo es a esa señorita con quien hablaba.

—¡Eso sí que no! Prefiero hincar el pico—repuso enérgicamente Jimmy.

—Entonces le aconsejo que haga esta misma noche testamento—terminó diciendo Roberts y salió de la habitación.

Al poco rato entró el jefe de los guías, que estaba al tanto de todo lo que pasaba, y le entregó una carta que le había dado para él Betty y en la que la joven le confesaba una vez más que le amaba, diciéndole:

"Mi buen amigo: Creo en el flechazo y en el amor folclórico. Mañana, cuando baje de la montaña, le esperan los brazos de

Betty."

Aquello lo decidió aun más a emprender la peligrosa ascensión y le dijo a Bruno:

—Mañana, al despuntar el sol, subo yo al pico más alto y al cielo si es preciso.

—No lo crea, Se matará—repuso el guía.

—Pues por eso digo que subiré al cielo.

No podía dormir y salió a dar una vuelta por la terraza en el instante que Betty también se hallaba allí admirando la altura de la montaña que al día siguiente tenía que escalar su amado.

Cuando lo vió se acercó a él y le preguntó:

—¡Aquella es la terrible montaña que dicen que tiene usted que escalar?

—Eso dicen—repuso Jimmy—, pero para mí es como si fuese una suave escalinata, una insignificante colina... ¡Yo soy un águila!

No obstante, quiso quemar el último cartucho y le preguntó:

—¿Si yo fuera un impostor que sintiera miedo de subir hasta por una escalera de mano, me querría usted lo mismo?

—Desde luego que no—respondió rápidamente la joven.

—Ya me lo suponía — exclamó Jimmy, echando a broma sus anteriores palabras y atrayendo hacia él suavemente a Betty, se despidió de ella diciéndole:

—Quiero que sepa que voy a arriesgarme únicamente por usted... por merecer su amor.

CUARTA PARTE

Al amanecer del día siguiente todos los huéspedes acompañaron a los alpinistas hasta el pie de la montaña cuya cima debían escalar.

Hacía un buen rato que se encontraban allí esperando a Jimmy y éste ni su entrenador aparecían por lugar alguno.



— Quiero que sepa que voy a arriesgarme por usted.

—Roberts se retrasa—exclamó el padre de Betty, sin saber a qué atribuir la ausencia del presunto campeón, pero Baker, que conocía su miedo por las alturas, se apresuró a decir para que lo oyera Betty:

—¡Qué gracioso estaría que ni siquiera se atreviese a venir!

Bruna, el jefe de los guías, había visto a los dos enamorados y sintiendo compasión por aquel pobre joven que tan inútilmente iba a suicidarse, quiso protegerlo y le dijo, momentos antes de salir del hotel:

—Soy un sentimental y me he decidido a ayudarlo. Suba usted hasta la "Punta del Cóndor". Allí le esperaré yo para enseñarle un buen camino.

Jimmy sintió unos deseos locos de abrazar a aquel hombre que lo libraba de una muerte segura, pero la presencia de los demás lo contuvo y se contentó con estrecharle la mano en señal de gratitud.

Por fin se presentó donde estaban todos esperándole y Betty, al verlo, corrió a él y le dijo:

—¡Júreme que se esforzará por mí, como nunca, para conquistar el pico más alto!

—¡Jurado!—repuso solemnemente.

El jefe de la expedición dió la señal de partida y todos se prepararon para la peligrosa ascensión.

Jimmy confiaba en el jefe de los guías, pero esta esperanza duró poco, puesto que Roberts, decidido a que el joven subiese, o se estrallase, que era lo más fácil, exclamó:

—He pensado tomar parte en el concurso. Yo subiré con el señor Roberts.

—¡Adelante!—gritó nuevamente el jefe.

—No me haga esperar mucho—aplicó Betty a su novio, que le contestó, pensando en lo precipitada que sería su vuelta:

—No se preocupe. Acaso bajo más deprisa de lo que usted supone.

Empezó la subida, y mientras los campeo-



— Acaso bajo más deprisa de lo que usted supone.

nes se apresuraban por llegar cuanto antes a la cénspide de la montaña, los que habían quedado abajo comenzaron a cruzar grandes apuestas, cada cual por su favorito.

QUINTA PARTE

Habían subido un gran trecho, cuando a Jimmy se le ocurrió mirar para abajo y al verse en aquella altura se le pusieron los pelos de punta.

Roberts adivinó el miedo del joven y le dijo:

—Estamos a mil pies de altura—y luego, señalándole un peñasco de la montaña, le explicó:—Aquella es la parte más peligrosa. La más pequeña piedra, provocaría con su caída una terrible avalancha de nieve.

Hostigado por Roberts llegó hasta el lugar donde lo esperaba el guía, pero éste al verlo acompañado se negó a indicarle el camino y únicamente le aconsejó:

—Ahora, su única salvación, es encontrar un sitio a propósito para caerse... Entonces, vendrán con la camilla y le bajarán a usted... Cerca encontrará un lugar magnífico donde la caída no puede ser muy grave... Todo lo más una pierna rota.

Se acercó entonces Roberts y preguntó al guía:

—¿Qué hace usted aquí?

Nada — terció reconciliador Jimmy—. Bruno está aquí para recoger mi última voluntad... y lo que queden de mis huesos.

—¡Esto es infringir el reglamento! — protestó Roberts—. ¡Vuelva usted abajo inmediatamente!

Obedeció el guía y Jimmy continuó subiendo, seguido de Roberts, que cuando comprendió que la altura era bastante considerable lo abandonó diciéndole:

—¡Adiós, amigo! ¡Hasta la eternidad!

Quedó Jimmy solo, buscando el medio de resolver aquella comprometida situación; pero cuando más aumentó su pánico fué al ver junto a él un terrible oso.

Tal fué su miedo que sin darse cuenta empezó a subir precipitadamente, sin acordarse del peligro que corría en caso de caer, solamente con el deseo de librarse de las garras del terrible animal.

De esta forma llegó a la cima antes que nadie, pero una vez en lo alto puso un pie en falso y cayó rodando por un terraplén de nieve.

A medida que bajaba se le iba adhiriendo nieve al cuerpo, hasta formar una enorme bola que lo preservaba de los porrazos contra las rocas.

Los que estaban abajo gritaban espantados y la única que tuvo valor para salir a su encuentro fué Betty, pero al intentar detener la bola de nieve en que venía Jimmy, ésta la arrolló y se encontró dentro de ella al lado de su amado.

Por fin dieron en tierra firme y se deshielo la nieve protectora, pudiendo salir los dos enamorados completamente ilesos.

Betty se abrazó a y le dijo:

—Promóteme, amor mío, que no volverás a escalar alturas... ¡He sufrido mucho!

Jimmy no tuvo inconveniente en jurar y mientras retenía en sus brazos a la mujercita adorada, la prometió:

—Puedes estar tranquila, que yo no sabo más ni en ascensor.

FIN

PROXIMO MARTES

Lea usted en esta amena publicación

Entre el amor y el deber

una de las últimas creaciones del artista predilecto de gróndes y chiecos

||||| TOM MIX |||||

Exito!
Exito!

Ya está a la venta la
SEGUNDA EDICIÓN
del célebre y tradicional

Almanaque Tom Mix

— EDITADO POR — **1928**
BIBLIOTECA FILMS

pue contiene la vida y nuevas
anécdotas del célebre caballista

30 CÉNTIMOS



OTRO EXITO

o ha constituido
el **Almanaque**
de "La Pandilla" 1928

en el cual figuran los nombres, edades y un sinnúmero de detalles referentes a los pequeños artistas

Pídale el Almanaque
de LA PANDILLA
antes de que se agote

30 CENTIMOS

Si no los encuentra en su localidad, pídalos hoy mismo a
BIBLIOTECA FILMS Apartado 707-Barcelona